

Gerard Kramer

# En el tesoro del templo

Reflexiones sobre Juan 8:12-20 y Marcos 12:41-44

---

Comenzamos con Juan 8, pero es importante saber dónde recae el énfasis de estas palabras, es decir, el lugar concreto en que el Señor las dijo. Es curioso la manera en que lo presenta Juan 8:20: «Estas palabras – sobre el testimonio del Padre y del Hijo – las dijo en el tesoro, mientras enseñaba en el templo». Una frase sorprendente que puede prestarse a una lectura superficial. Veamos, en primer lugar, lo que el Señor dijo en el templo. Juan 8 es un capítulo que, humanamente hablando, tiene mucho que aportar y al que la gente resiste. ¿No está escrito que Él tuvo que soportar mucha oposición de los pecadores en su contra (Heb 12,3)? Si hay un capítulo en el que se vea esto de forma clara, ese es Juan 8.

En el versículo 12 de este capítulo, el Señor dice: «Yo soy la luz del mundo; el que me sigue no andará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida». Ahora sabemos que los fariseos inmediatamente comenzaron a molestarse por estas palabras; pero debemos estar agradecidos que el Señor las haya dicho. Cuando pensamos en Cristo, sabiduría y poder de Dios, sabiendo que se puede rechazar la palabra de Dios y, por tanto, también su sabiduría, vemos, por desgracia, a personas que no creen en Su testimonio cuando lo han tenido cerca. Pero el Señor dice aquí algo muy hermoso, que Él es la luz del mundo.

El mundo es oscuro, tan oscuro que uno se alegra de ver luz para poder caminar. El Señor Jesús dice: «El que me sigue no andará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida». En otras palabras, no se trata solo de luz, sino de la luz de la vida. El Señor construye sus palabras de forma muy bella. Primero dice: «Yo soy la luz del

mundo» y explica que él es la luz de la vida. Justamente por eso, si la luz es vida y da vida, podemos seguirlo en un mundo donde hay oscuridad y ninguna sabiduría, donde al diablo le encantaría impedirle a la gente que abra la Palabra de Dios y mucho menos que la escuche.

De pronto, vemos en el versículo 13 una reacción negativa que proviene de esta oscuridad espiritual: «Si tú das testimonio de ti mismo, tu testimonio no es verdadero». Sí, habéis escuchado bien, ya que el Señor comienza su testimonio diciendo «Yo soy». El testimonio que da es sobre sí mismo. Y si hay alguien que podía hacerlo con total desenvoltura y veracidad, este era el Señor Jesús. Corremos el peligro de pretender ser algo distinto a lo que realmente somos, y, si lo piensas, puedes llegar a decir: «Bueno, no representa un problema para mí». Pero, entonces, ¿qué pasa cuando solicitas un trabajo y te invitan a una entrevista? En esta situación probablemente te preguntes: «¿Cómo me veo?», o «¿cómo me siento?». También piensas en lo que tienes que decir delante de ciertas preguntas. «¿Qué debo decir si me preguntan esto o aquello?» Sea como sea, quieres conseguir el trabajo, así que te presentas de la manera más favorable posible. Por supuesto, no para contar mentiras, pero quieres hacer hincapié en determinadas cosas.

Tan solo es un flaco ejemplo. Sin embargo, el Señor Jesús siempre fue el mismo. Cuando le preguntaron quién era realmente, les dijo: «Aquellos que también os hablo» (Jn 8, 25). Con él no había distinción alguna, ninguna diferencia entre su persona y la presentación que hacía de ella. Pero ocurre que la gente dice de nosotros: «Claro, habla tan bien de sí mismo..., pero si conocieras a esa persona mejor...». Y ahí se acaba todo. Es algo muy reconocible en nosotros, pero no pasaba lo mismo con Cristo.

«Tú das testimonio de ti mismo», dicen los fariseos. Y añaden: «Tu testimonio no es verdadero». Dice, pues, el Señor en el versículo 14 (paráfraseo): «Aunque haga esto y hable de mí mismo, mi testimonio es verdadero». Y más adelante añade que alguien más da testimonio de él: el Padre. Pero aquí da otra razón que nunca se me habría ocurrido y que se encuentra en este versículo: «Porque yo sé de dónde vengo y a dónde voy; pero vosotros no sabéis de dónde vengo ni a dónde voy». El Señor Jesús está indicando su origen divino, deidad y procedencia celestial: «En esto soy diferente a ti», ya que ningún ser humano puede decir lo mismo. No obstante, ellos juzgaron según la carne, las apariencias (v. 15).

También está escrito en el Antiguo Testamento que el hombre mira lo que está delante de sus ojos, pero que el Señor mira el corazón (1 Sam 16:7). No podemos verlo en otro, ni siquiera en el hermano o la hermana más espiritual, aunque los

conozcamos. Podemos apreciar a esa persona, amarla, ser edificados por el contacto con el hermano o la hermana, pero no podemos ver su corazón. Solo Dios es llamado el conocedor de los corazones en las Escrituras.

Tenemos cardiólogos que conocen el corazón biológico, ese músculo que late y funciona muy bien. Pero solo hay un «cardiagnosticador», y este es Dios. Él conoce el corazón. ¿Qué es este órgano? Proverbios 4:23 dice: «Guarda tu corazón más que todo lo que hay que guardar; porque en él están las salidas (los orígenes) de la vida». Es el centro de nuestra humanidad, o como alguien dijo una vez: «El corazón es el lugar donde el hombre es más humano». Creo que está muy bien expresado. Es imposible proteger algo más que el corazón. Dios y Cristo también conocen la vida interior del hombre. Esos fariseos no lo sabían; incluso cuando se dieron cuenta de que no podían juzgar correctamente, ellos ya se habían anticipado.

En el versículo 16, el Señor habla del Padre. No todos los manuscritos contienen las palabras «el Padre», pero todos incluyen las palabras: «(...) que me envió». Así, en este Evangelio el Señor habla siempre de Él como el enviado del Padre. Del mismo modo, habla de «la voluntad del que me ha enviado», es decir, del Padre. El Padre es Su segundo testigo, dice el Señor (v. 18). Me gusta cuando dice: «No estoy solo» (v. 16). Esto no significa que no estuviera solo, sino que no era el único que daba testimonio de sí mismo. Simplemente dice que hay otro que hace lo mismo, y es el Padre. Es una realidad concreta. Él se sabía constantemente en el campo de visión paterno.

A veces nos viene de pronto a la mente algo que estamos haciendo mal, o malos pensamientos. Y caemos en la cuenta de que Dios lo ve y lo sabe; también que yo acabo de pensar eso. Tal vez no hayamos dicho o hecho nada malo, pero lo hemos pensado. En nuestro caso, suele tener un efecto aleccionador y somos llamados al orden. Con Cristo, sin embargo, era un gozo constante vivir en la presencia de Dios. En otro lugar, dice: «Yo y el Padre somos uno» (Juan 10:30). Aquí, dice: No estoy solo. ¿Quién estaba con él? El Padre es quien lo ha enviado. En el versículo 18 también se le menciona, y el Señor dice: «Damos juntos un mismo testimonio». El Hijo no juega un papel independiente, sabe que el Padre está de acuerdo con Él en todo lo que hace. Juan 8:18 dice: «Yo doy testimonio de mí mismo, y el Padre que me envió da testimonio de mí».

Luego viene una parte sorprendente en la confrontación con los líderes judíos (versículo 21ss.). Se atreven a decir muchas calumnias sobre la paternidad de Dios y la filiación de Cristo, aunque esto ya se va del tema. Los fariseos dicen en el versículo 19: «¿Dónde está tu Padre? Y Jesús respondió: «No me conocéis a mí ni

a mi Padre. Si me hubierais conocido, también habríais conocido a mi Padre». Es imposible conocer al Hijo y no al Padre, o viceversa. El Padre y el Hijo están juntos en esto. Esto es importante, pues el resto del capítulo también habla de lo mismo. Luego, en el versículo 41, se atreven a decir: «No hemos nacido de la fornicación; tenemos un solo Padre, a Dios». Pero el Señor Jesús les dice: «Si Dios fuera vuestro Padre, me amaríais, porque he salido y vengo de Dios; porque tampoco he venido por mi cuenta, sino que él me ha enviado. ¿Por qué no entendéis mi lenguaje? Porque no podéis escuchar mi palabra» (vv. 42-43).

El Señor Jesús no habla explícitamente de la luz del mundo. Aquí se limita a exclamar una hermosa frase, de la que citaré la parte al final en el versículo 19: «Si me hubierais conocido, también habríais conocido a mi Padre». Igualmente, Jesús le dijo a Felipe: «El que me ha visto a mí, ha visto al Padre» (Juan 14:9). Las palabras del Señor producen cierto desaire cuando Él añade: «¿Tanto tiempo he estado con vosotros y no me has conocido, Felipe?» Como dice en otro lugar: «Conocemos a Dios en el rostro de Jesucristo» (2 Cor 4,6). Si queremos ver a Dios, debemos mirar al Señor Jesús. Si queremos saber cómo piensa Dios, debemos mirar lo que Jesús hizo y dijo, al margen de otras cosas en la Palabra de Dios. Porque Dios se reveló de manera especial en el Señor Jesús.

Y Juan, que todavía tenía que escribir mucho sobre este difícil argumento, pergeña entre las líneas del versículo 20: «Estas palabras (o afirmaciones) las dijo en el tesoro mientras enseñaba en el templo; y nadie le prendió, porque todavía no había llegado su hora». Ahora bien, me he detenido a menudo en esta última frase sobre su hora y he observado que se da con más frecuencia en Juan. Luego he reflexionado y me he admirado con el tiempo maravilloso que dedicó el Señor Jesús en su camino y para hacer su obra.

## El sacrificio de la viuda

Las palabras que dijo en la tesorería tampoco carecen de significado. Veamos ahora el pasaje de Marcos 12 sobre la ofrenda de la viuda. Marcos 12:41 dice que el Señor se sentó frente al tesoro del templo. Y vio a la multitud poniendo dinero en el tesoro. Es una hermosa frase la que sigue: «Y muchos ricos ponen mucho». Al final de la reunión de nuestra iglesia, solemos decir que a la salida hay varias cajas para recolectar dinero. Hoy nadie comprueba si los hermanos ricos, que son numerosos, también ponen mucho. Porque incluso la mayoría lo hacen de otra manera, a través del banco o de manera digital. Y, además, no tenemos que juzgar a los demás, esto no es bueno. Creo que el Señor está dando testimonio

aquí de lo que en realidad debería ser bastante normal: que muchas personas ricas donan una gran parte de sus posesiones.

Ahora uno podría decir: Qué bien, el Señor podría hacerles un comentario sobre esto a los discípulos. Esa gente era rica y también daba mucho. El capítulo en el que Pablo dice algo sobre las colectas entre los cristianos aún no se había escrito (1 Cor 16). Y tampoco su enseñanza en 2 Corintios 8 a 10, sobre dar hasta donde se pueda y más allá de las posibilidades de uno. Por cierto, no se trata solo de las finanzas, sino de poner nuestra vida a disposición de los demás. Todavía no se había escrito nada al respecto, pero era cierto. El Señor, de momento, no ha comunicado nada sobre este asunto, solo se nos insinúa lo siguiente: «Veía cómo las multitudes echaban dinero en el tesoro; y muchos ricos echaban mucha cantidad». ¿Cuándo enseñará el Señor a los discípulos a dar?

Antes tiene que pasar algo más. Lo vemos en el versículo 42, donde viene alguien que, ciertamente, no era rico: una viuda pobre. Las viudas lo tenían difícil en el mundo antiguo. Por cierto, es un malentendido pensar que las mujeres no podían ganarse la vida por sí mismas en aquella época; ciertamente hay ejemplos de ello. Pero en muchos casos, la mujer que enviudaba no solo había perdido a su marido, sino también sus ingresos. Cuando uno ya es mayor, no obtiene ingresos fácilmente. Si no tienes hijos que te cuiden, tienes un gran problema. Eso explica la tragedia del joven de Naín. ¿Por qué fue tan grave su muerte? No solo porque la mujer ya había experimentado la muerte de su propio marido, tras la cual enviudó, sino que ahora también perdía a su único hijo, y esto era una tragedia. Ya nadie podía ocuparse de ella. Hoy también sería algo muy triste, aunque no directamente por razones materiales. No digo que sea menos malo, sino distinto a como era en aquellos tiempos.

Aquí vemos que una viuda pobre entra en la tesorería. Tengamos en cuenta que acabamos de ver a muchos ricos; se les menciona como grupo. Pero el Señor se dirige a esta pobre viuda. ¿Qué hará con sus dos monedas de limosna, que valían un cuadrante? En la traducción de *Telos* hay una sección sobre divisas que ahora también se ocupa del euro. En la primera edición de 1982, el valor seguía dándose en florines, pero hubo una nueva revisión en 2018. Las dos monedas de cobre no eran gran cosa. Antes costaban 50 céntimos, ahora solo 20. Y a veces encontramos algo parecido en nuestras colecciones: monedas de 20 céntimos; y no lo criticamos, simplemente las contamos.

Aquí alguien da dos monedas y entonces el Señor llama a sus discípulos. No dice nada como: «Sí, tengo que mantener la discreción, de manera que no hablaremos de ello». En absoluto, el Señor quiere enseñar a sus discípulos algo importante.

Por eso comienza en el versículo 43 con esta palabra concreta: «En verdad», que en realidad se trata simplemente de la expresión «amén»; solo que no estamos acostumbrados a utilizar esta palabra para otra cosa que no sea la conclusión de una oración. Pero el Señor a menudo comienza sus frases con esta expresión. Al principio, les dice: «En verdad, en verdad», es decir, «Amén, amén», y luego viene la propia declaración. Con esto el Señor muestra que lo que va a decir es muy importante.

Pues bien, aquí dice una vez «amén» (verdaderamente). Es bastante importante que el Señor lo diga. Y también: «Os digo que esta pobre viuda ha puesto más que todos los que ponen en el tesoro». Ya puedes ver a los discípulos con su mirada de asombro. ¿Qué valor tiene una pieza de 20 céntimos comparada con todos los billetes que se han colado antes por la ranura? Pero no, el Señor dice: Esta viuda ha dado mucho, porque todos han puesto de su abundancia, pero ella ha puesto de su falta, todo lo que tenía, todo su sustento (v. 44). Esto es algo muy especial.

Era pobre, tenía carencias, como se dice aquí; y lo que tenía en sus manos antes de darlo era todo lo que poseía. También podría haber pensado: Tengo muy poco, solo estas dos monedas, así que voy a dar la mitad. Eso ya era mucho, luego le habría quedado igualmente poco. No sé si la viuda realmente pensó eso... parece que no. Metió las dos monedas de su limosna en el tesoro. Esto le gustó tanto al Señor que dijo a los discípulos: «No os dejéis cegar por los ricos que dan mucho. Esto es bastante normal para ellos».

También podemos preguntarnos que, si la mayoría no somos ricos según los estándares de aquella época, ¿reservamos mucho para el Señor si nos ha confiado mucho? Lo sé, no todo tiene que ir a parar a la colecta o a la parroquia local. También hay suficientes fundaciones a las que los creyentes pueden dar algo para el Señor y enviar dinero. Pero lo que me preocupa es el principio: que la mayoría de los ricos ponen mucho dinero.

## ¿Le damos a Dios lo que le corresponde?

Volvamos ahora a Juan 8 para concluir. El Señor Jesús habló de sí mismo, de quién es él, y de que actuaba en perfecta armonía con el Padre que estaba con Él. Y en esta breve disputa, en la que los fariseos fueron muy críticos y contradijeron todo lo que dijo el Señor, él les dice: «Estas palabras las dijo en el tesoro, cuando enseñaba en el templo». Estas palabras "cuando enseñaba", las entendemos. Y también que nadie lo prendió porque aún no había llegado su hora. Ese tiempo correspondía a Dios.

Pero ¿qué significan las palabras «en el tesoro»? En efecto, esto revela lo que es realmente una persona. Es decir, revela un aspecto del que no sabemos mucho. ¿Qué da realmente una persona al Señor en su vida diaria? En cierto sentido, el Señor nos enseña que el corazón de los fariseos era bastante egocéntrico. No estaban abiertos a las enseñanzas y revelaciones divinas, sino que se preocupaban por ellos mismos. Sus corazones no estaban centrados en la verdadera devoción a Dios.

Conocemos, por supuesto, la breve historia de la moneda de los impuestos que el Señor había pedido que se le mostrara. Luego dice: ¿Quién está realmente representado en esta moneda, en este denario (Mt 22,20 etc.)? Y un denario vale, por supuesto, mucho más que las dos monedas de la viuda. Todos sabían la respuesta a esta pregunta: el Emperador. Correcto, porque el emperador estaba representado en el anverso. Lo que siguió fue una declaración magistral del Señor, al menos eso creo. Realmente es así: «Dad, pues, al César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios».

Si te fijas en la primera parte de la respuesta, puedes decir: a nadie le gusta pagar impuestos; pero el dinero ya es del emperador. Solo hay que entregárselo. Si no lo haces, estás reteniendo algo que no nos pertenece, sino al emperador, al gobierno. Es una pieza clave de la educación. Y cuando les dices eso a los incrédulos – ya lo he hecho antes – te miran como si no tuvieras la cabeza en su sitio. Te deja muy extrañado. Pero cuando tienes un poco más de tiempo y la gente te conoce un poco y se lo puedes explicar, les gusta.

Solemos pensar que entendemos la segunda mitad de este versículo. Si se amplía lo que acabo de decir, podríamos decir: Si no le das a Dios lo que le pertenece, sino que te lo quedas para ti, ¡estás privándoselo a Él! No se trata solo de dinero, sino de lo que le debemos espiritualmente. Y es una pregunta perfectamente razonable que nos hacemos de vez en cuando. Desde luego, no quiero que nos convirtamos en personas neuróticas, que se preguntan constantemente: «¿Lo estamos haciendo bien?» Pero no es tan malo preguntarse si estamos dando al Señor lo que le corresponde, de mi tiempo, de mi energía, por nombrar solo algunos. Lo que el Señor me ha confiado como medios y posibilidades financieras. Porque a menudo decimos que esto tampoco es nuestro, sino del Señor.

Así que la cámara del tesoro revela mucho sobre nosotros mismos. Y tenemos que preguntarnos de vez en cuando: ¿estamos dando por costumbre, o es realmente un sacrificio? Entonces tengo que decir que soy algo pesimista. Porque cuando te sacrificas de verdad, das medios que limitan tus posibilidades. Pero esta mujer se sacrificó dando todo lo que tenía. Y el Señor quería enseñar algo a

sus discípulos con esto. Y dice a los fariseos: «Moriréis en vuestro pecado» (v. 21). De todos modos, no tenían un buen corazón.

Bueno, empezamos con el Señor Jesús como la luz del mundo. Si le seguimos, no caminaremos en la oscuridad. La sabiduría se encuentra en él, en su palabra. Y sería bueno que esta breve reflexión nos ayude a seguirlo en el mundo oscuro y confuso en el que vivimos. Él es la luz del mundo, y quiere darnos la luz de la vida, para que le sigamos en todo lo que hacemos y pensamos, y en lo que podemos dar de manera espiritual y literal.

---

